

ESCAPAR JUNTOS DEL ABISMO: LA ALIANZA Y EL SUJETO HUMANIMAL EN LA LITERATURA Y CULTURA DEL GIRO ANTROPOCÉNICO EN EL SIGLO XXI

ESCAPING THE ABYSS TOGETHER: ALLIANCE AND HUMANIMAL PLAY IN THE LITERATURE AND CULTURE OF THE ANTHROPOCENE TURN IN THE 21ST CENTURY

MARTA F. EXTREMERA / SERGIO I. ROSAS-ROMERO / JESÚS MONTOYA JUÁREZ
Universidad de Jaén / Universidad de Salamanca / Universidad de Murcia

¡Quisiera tener con quién conspirar! ¡Quisiera librar la batalla de las especies,
morir en los cataclismos, ver invertidas las fuerzas cósmicas!
José Eustasio Rivera, *La vorágine*: 255

1. Literatura, animal y antro/capitaloceno

En el libro de cuentos *El diablo sabe mi nombre* de la salvadoreña Jacinta Escudos hay un cuento titulado “Días del fin” que ilustra cómo pueden operar las relaciones entre humanos y animales no-humanos en un escenario apocalíptico. En el cuento una mujer comienza a anotar en una especie de diario cómo su ciudad, región y eventualmente su mundo entero comienzan a sufrir todo tipo de desastres naturales de magnitudes devastadoras. En los días iniciales, la narradora observa impávida cómo un grupo muy variado de animales, probablemente fugados del zoológico de la ciudad, avanzan desbocadamente hacia un abismo, al que terminan saltando y por ende muriendo. Días después, dos perros pequeños buscan refugio en la mujer al acariciarse entre sus piernas, muertos del susto, al tiempo que ve por las calles de la ciudad destruida a un hombre llevando a un pequeño mono entre sus brazos, como si fuera un bebé.

El ejemplo de “Días del fin” ilustra con claridad los dos caminos que se despliegan en tiempos de crisis para relacionarnos en redes multispecie. O se mira a los demás



animales saltar al abismo sin hacer nada (lo que también eventualmente terminará con la vida de esos observadores humanos pasivos), o se forman alianzas de cuidado, protección y compañerismo entre diferentes especies para sobrellevar lo mejor posible una crisis que amenaza a todos por igual.

Justamente, este es el escenario que tenemos hoy en día: los tiempos del antropoceno (Crutzen y Stoermer, 2000; Chakrabarty, 2009; Arias Maldonado, 2020) o, si se quiere otro matiz crítico, del capitaloceno (Moore, 2016; 2020), nos han sumido en un estado de crisis constante por el eminente deterioro de la vida en la Tierra y las consecuencias a largo plazo que el tiempo humano ni siquiera alcanza a contemplar del todo. Parte del problema radica justamente en que las lógicas que han imperado entre la relación de lo humano y lo no-humano han estado erigidas en dicotomías caducas y en verticalidades de poder que han fomentado la explotación, el extractivismo y la violencia. Por lo tanto, una crítica del antropocapitaloceno conllevaría un cambio radical en dicha relación de poder: habría que romperla para luego replantearla o, es más, reimaginarla.

El relato de Escudos también señala algo que varios estudiosos de la crisis climática o de la ecología crítica han constatado en los últimos años: la destrucción del planeta es un hecho terrible que nos ha igualado a todos los seres de una forma radical. Tal como bien lo ha planteado Morton, el hiperobjeto de la emergencia climática nos ha revelado (aunque un poco tarde) que coexistimos con formas de vida y no-vida en entidades gigantes que se escapan de toda escala humana (2013: 128). Un escenario donde se puede comenzar a matizar esta igualdad y donde se puede experimentar con salidas posibles al desastre es justamente la literatura. Camilo del Valle apunta esta idea en un artículo de reciente aparición:

Las artes y la literatura entonces contienen en sí una historia profunda en su historicidad humana (de sus representaciones, ideologías, etc.) que se deja rastrear críticamente, y cuyo pensamiento humanista la misma Tierra ha estado poniendo en crisis, poniendo en duda sus paradigmas de progreso y modernización. Al mismo tiempo, las artes pueden tender a lo utópico, presentándonos salidas o modelos alternativos para relacionarnos cuidadosamente con lo no humano. (2025: 87)

Del Valle propone que las artes y la literatura son relevantes (en el sentido de defender la *necesidad* de las Humanidades) porque han consignado, a lo largo de la historia, una manera particular de ver y entender el mundo por parte de los artistas y los valores de sus sociedades. En las obras de arte habría entonces una historia particular de todos los procesos, objetos, relaciones, etc., que hemos experimentado como especie, pero claramente esa historia, aunque artística, ha seguido el humanismo tradicional, el cual se presenta como uno de los asuntos más importantes

que replantear, reformular y eventualmente abolir en el siglo XXI (Braidotti, 2015). Así, solamente con ese lente crítico, se pueden escribir y leer obras literarias que, como señala Del valle, “tiendan a lo utópico”, es decir: que horizontalicen la balanza humanista en favor de un poshumanismo con una sensibilidad diferente por lo no-humano.

Como apunta Gabriel Giorgi, América Latina ha sido uno de los laboratorios más afectados y atravesados por las lógicas colonialistas y extractivistas del antropoceno, lo que permite que justamente desde estos territorios y comunidades artísticas surjan obras que se rebelen contra dichos postulados y se propongan otros tiempos y sensibilidades diferentes a las del humanismo tradicional (Giorgi, 2025: 106). No es coincidencia, entonces, que justamente sean las obras escritas en español pero sobre todo las producidas por autores y autoras latinoamericanas (aunque también hay casos muy significativos en el arte brasileño y caribeño no hispanoparlante), las que están exponiendo con más fuerza este nuevo *sensorium*, tal como veremos en los textos incluidos en este número monográfico. Este interés dentro de las manifestaciones artísticas antropocénicas por lo transespecie no-antropocentrado en los autores y autoras hispanos (a ambas orillas del Atlántico) ha sido señalado críticamente en fechas recientes. Por un lado, y tal como señala Noguero: l

Frente a esta situación [la ruptura de categorías en el antropoceno], se abre la posibilidad de un futuro basado en el diálogo interespecies, en el que queda desactivada la obsesión por dejar huella individual. Se aboga, pues, por volver a partir el pan (“compañía” viene de “com-panis”) y reenfocar nuestra mirada (“respetar” procede de “re-specere”) hacia aquellos con los que convivimos. (Noguero, En prensa)

De igual manera, ya es posible hablar de literaturas del giro antropocénico, dentro de las cuales podemos rastrear una serie de obras (*El asedio animal*, de Vanessa Londoño; *El animal sobre la piedra* de Daniela Tarazona; *Plaga* de Juliana Javierre o los cuentos de *Teoría del tacto* de Fernanda García Lao) que se agrupan bajo el signo de la animalidad no antropocentrada o incluso de la humanimalidad, tal como ha detallado en un reciente libro Montoya Juárez (2025: 13).

Es bajo estos lentes y este *Zeitgeist* común con los que queremos aproximarnos a la cuestión de las alianzas, comunidades y juegos humanimales en la más reciente producción artística del presente.

2. Juegos humanimales

En uno de sus ensayos más comentados, “Apología de Raimundo Sebond”, Michel de Montaigne se pregunta: “Cuando juego con mi gata, ¿quién sabe si ella no se está divirtiendo más conmigo que yo con ella?”. Aunque en dicho ensayo el francés se dedica a un tema totalmente ajeno a este (comentarios de orden político, religioso o éticos, además de un gran número de citas de clásicos grecolatinos), la cita ha sido ampliamente comentada en los Estudios Animales por la agencia que Montaigne reconoce en su gata al jugar, hasta el punto de que Marta Segarra propone al filósofo como punto de partida para conformar un pensamiento filosófico occidental que supere al Humanismo clásico. En dicho reconocimiento, el francés percibe que el placer del juego, esa relación tan específica que se entabla entre dos sujetos, es compartido tanto por él (humano) como por su gata (animal). Dicho terreno, el del juego, parece entonces suspender la jerarquización humano/animal porque durante la actividad lúdica ambos sujetos son jugadores: los dos disfrutan, se entretienen, se cansan, se concentran, etc.

En esa misma línea (aunque no menciona el asunto del juego explícitamente) Rossi Braidotti propone que la relación humano/no-humano se puede categorizar en tres puntos: ocio, explotación y temor (2015: 71). Esto ha limitado la manera cómo podemos imaginar los contactos multiespecie por fuera de este marco, porque nos limitamos a 1) ver pasar el tiempo con nuestros animales de compañía, a 2) torturarlos, matarlos y comerlos o a 3) temerlos y alejarlos de nuestro entorno cuando no los comprendemos o podemos aprovecharnos de ellos. ¿No podría ser el juego una forma, por fuera de esas tres, en las que podemos entablar otro tipo de relaciones con lo animal no-humano?

Lo es para Donna Haraway, quien reflexiona sobre cómo los vínculos multiespecie en nuestro presente pueden tomar la forma de un juego infantil denominado “figuras de cuerdas”, donde con un cordón usualmente de colores se usan las manos para crear formas de animales o diferentes objetos. Ese juego puede servir de inspiración para desantropocentizar las relaciones transespecie, es decir: las acciones humanas, por fuera de la lógica extractivista, pueden tejer otras dinámicas con lo no-humano para obtener una imagen —un mundo, un tiempo, un espacio— que sea humanimal.

Tal como proponía Julio Cortázar con su *Rayuela*, jugar puede ser un asunto bastante serio si nos lo proponemos. El juego no es explotación ni domesticación, sino que puede ser conspiración, hermandad, compañerismo, imaginación, rebeldía o desorden. Al no tener un lugar u objetivo dentro de los marcos antropo/capitalocénicos, el juego desactiva gran parte del entramado Ecología-Mundo (Moore 2020) para liberar las relaciones de poder/opresión desde su base. Todo ello lo podemos llegar a

pensar, intuir o sospechar después de jugar algunas horas con nuestros gatos, tal como entendió el creador del ensayo moderno hace ya varios siglos. Lo vemos claramente en *Derroche*, de María Sonia Cristoff, en los juegos y paseos de su protagonista con un jabalí rockero; en *Elástico de sombra* de Juan Cárdenas cuando uno de los protagonistas, Miguel, se alía con un cucarrón que previamente era humano para montar un número de teatro callejero en la plaza de un pueblo y conseguir algunas monedas, o finalmente lo podemos ver en Dora Oliver, personaje de *Las efímeras* de Pilar Adón, y sus juegos bruscos, entre gritos y reprimendas, con su jauría de perros que la acompañan a todas partes, sin que los lectores sepamos, como le pasaba a Montaigne, quién se entretiene más con esa compañía: si los perros o la mujer.

3. Alianza y comunidad

Si el juego cuestiona las formas de explotación y domesticación de los animales no-humanos el concepto de alianza indaga sobre nuestras filiaciones o afiliaciones con las otras especies. Tradicionalmente, los marcos de la familia o de afectos como la amistad han determinado, solamente entre humanos, cómo pueden establecerse diferentes tipos de afinidades, cercanías, lealtades o la conformación de grupos, comunidades o incluso naciones. Para nadie es un secreto, además, que todas estas formaciones responden a unas dinámicas patriarcales y muchas veces violentas a partir del binomio exclusión/inclusión. Las alianzas humanimales dinamitan estas estructuras de poder.

Quisimos encabezar esta introducción con un epígrafe de *La vorágine* (Rivera, 2023 [1924]) porque es el clásico latinoamericano que con más fuerza antecede a muchas de las discusiones más relevantes de la crítica literaria del siglo XXI con respecto a lo no-humano. El clamor que leemos hace parte del comienzo de la tercera parte de la novela, que popularmente se ha denominado como “el lamento del cauchero” y que se ha solido vincular a Clemente Silva, el personaje más trágico de la novela pues sufrió la esclavitud de las caucherías durante décadas por querer recuperar a su hijo y liberarlo de esa opresión deshumanizadora. Silva no es solamente una víctima: sus años en la selva le han permitido entablar una relación no-antropocéntrica con ella, es decir, con todas sus presencias vegetales y animales. El grito de “¡Quisiera tener con quién conspirar!” denota la necesidad de entablar otro tipo de relaciones con el mundo no-humano que lo rodea. Ese mundo que lo ha desesperado y devorado, pero también el que le ha salvado la vida miles de veces y que le ha mostrado su cara poderosa y oculta. El clamor de Silva retumba con fuerza cuando pensamos en alianzas humanimales en el siglo XXI.

Tal como propuso Silvia Molloy con su canónica lectura de *La vorágine* (1987), la alianza funciona en muchos de nuestros textos literarios como una contaminación de lo humano, del lenguaje, de nuestros marcos sociales. Cuando se entabla una alianza con un sujeto no-humano siempre hay una especie de transferencia entre las dos partes, pues obligatoriamente se tiene que recurrir a un terreno en común donde ninguna de las dos especies preserva totalmente su identidad. La alianza funciona así como un espacio poroso: es una membrana donde el supremacismo humano tiene que desactivarse para dejar entrar lo animal no-humano en sí y con ello lograr lo que las dos partes quieren o necesitan. De igual manera, lo animal no-humano se contagia de *Ántropos*, solamente que a diferencia de como ocurre cotidianamente con la afectación negativa sobre ecosistemas enteros, sistemas de explotación, contaminación, etc., en la alianza este contacto con lo humano es buscado, casi que pactado. Lo animal busca contaminar pero también ser contaminado.

En un texto que ha servido de inspiración para muchos de los estudios sobre la animalidad y la literatura en América Latina, Gabriel Giorgi propone una sugerente relación entre animalidad y comunidad. El pensador argentino desarrolla esta idea a partir del estudio de uno de los cuentos más relevantes de la cultura latinoamericana con respecto a la cuestión animal: “Mi tío el jaguareté” del brasileño João Guimarães Rosa, en el que

el animal tiene lugar bajo un doble signo: el de la resistencia al ordenamiento económico y biopolítico de los cuerpos en la modernidad (el orden jerárquico de razas, clases y especies sobre el que se proyecta una idea de nación moderna) y a la vez el de una comunidad alternativa cuya exterioridad pasa justamente por la alianza entre animales y humanos, y que desde esa alianza se hace inasimilable al paisaje del Estado-nación. (Giorgi, 2014: 47-48)

En nuestro caso nos interesa mucho más el segundo signo que enuncia Giorgi: la alianza humanimal daría paso a una comunidad “alternativa” que es inimaginable –“inasimilable”– en las lógicas del Estado-nación. El planteamiento de Giorgi se expresa en esos términos porque todo su libro está atravesado por la pregunta de cómo opera la biopolítica en las conexiones que hay entre lo humano y lo animal. Por eso mismo la lectura de Guimarães Rosa está leída como crítica o escenario imposible bajo los marcos del Estado-nación, pues justamente el cuento del brasileño cuestiona las prácticas racistas, violentas, idiomáticas y latifundistas que expulsaron de la nación brasileña a un gran número de subjetividades que no se acoplaban con ese proyecto nacional. Por eso mismo el cuento está narrado por un hombre indígena que se dedicaba a cazar jaguares para un terrateniente en el sertón brasileño pero que un día decide dejar dicha labor y emparentarse con los jaguares, su verdadera

familia. Este movimiento, siguiendo a Giorgi, es una afiliación diferente a todas las disponibles en el Estado-nación moderno, porque justamente se rebela contra todos sus lógicas:

Esa alianza humano-animal traza menos las coordenadas de un universo indígena condenado por la sociedad moderna, que las de una comunidad alternativa, o mejor dicho, de otro modo de pensar y de imaginar la comunidad que no pasa por las “identidades culturales” (y por la *diferencia cultural* como modo de resistencia anticolonial) sino por una reinención de universos biopolíticos y una reconfiguración de lo común y de la comunidad. (2014: 56)

El mismo gesto podemos advertir en Antonio, el protagonista de *Las niñas del naranjel* (2023), que habiendo emigrado desde España ‘traiciona’ a sus compatriotas para construir, en la selva, su particular alianza en la que dos niñas/yagaretés, dos monos, dos caballos y una perra –junto con el protagonista– conforman una comunidad alternativa que plantea la posibilidad de otras formas de vivir (con) el territorio y de reparto del poder. Si bien Giorgi y otras investigadoras como Julieta Yelin han explorado a fondo la cuestión de la biopolítica y la animalidad, ¿qué otras aristas podemos explorar a partir de la alianza humanimal? Más allá de la relación de poder en la administración de lo vital y lo mortuorio, ¿qué tipo de representación y de agencia podemos encontrarnos en estos textos? El caso de Guimarães es excepcional porque ciertamente se antecede a su tiempo. “Mi tío el jagareté” se publicó primero en una revista brasileña en los años sesenta y luego apareció en el libro de relatos póstumos *Estas estorias* en 1969. Sin embargo, cuando leemos fragmentos como “Yo soy jaguar... ¡Yo, -jaguar! ¿Usted cree que parezco jaguar? Hay horas que parezco más. Usted no ha visto. Usted no tiene aquello -espejín, ¿tendrá? Quería ver mi cara... *Tiss, n't, n't...* Yo tengo la mirada fuerte” (Guimarães Rosa, 2001: 404) notamos una cercanía contemporánea. Más que con García Márquez, Clarice Lispector o Julio Cortázar, Guimarães Rosa parece contemporáneo de Juan Cárdenas, Gabriela Cabezón Cámara o Fernanda Trías. En ese sentido, la alianza dibujada por Guimarães a finales de los años 60 ha sido retomada y expandida en las obras artísticas de nuestro tiempo. Las grietas de los Estados-nación ahora son planetarias: el antroppo/capitaloceno y la extenuación de su modelo ha despertado la urgencia por reimaginar estas alianzas humanimales.

Esta sensibilidad contemporánea nos permite entender la alianza humanimal de tres maneras diferentes. La primera entiende la alianza como una forma de indisciplina, siguiendo el planteamiento de Giorgi. La alianza estaría por lo tanto siempre en guerra con esos postulados del humanismo clásico y con sus diferentes mecanismos de opresión. La segunda consistiría en entenderla como uno de los

caminos necesarios para que lo humano retorne hacia la animalidad: situarse en el compost multibichos propuesto por Haraway y desde esa horizontalidad trabajar e imaginar en conjunto mientras el rostro humano se va emborronando. Y la tercera entendería esta alianza como un paso más allá de la biopolítica para desmontar, suprimir o al menos poner en entredicho el especismo campante de nuestro tiempo.

Esta última manera nace de los aportes más relevantes de los Estudios Críticos Animales en décadas recientes. Según investigadoras como Lori Gruen, la relación clásica entre humanos y animales se mueve entre dos polos opuestos, el de la violencia y el de la empatía (Gruen, 2018). La alianza humanimal opera justamente en la mitad de este espectro, pues no rechaza del todo la violencia (hay alianzas humanimales que conllevan actos de venganza o de ajustes de cuentas, como podemos ver en el relato de Laura Ortiz Gómez “Tigre americano: panthera onca”) ni tampoco depende de un entendimiento multiespecie basado completamente en la empatía. La alianza que nos interesa no es ingenua ni romántica: es una que trastoque desde sus cimientos la manera en que se han representado esos pactos transespecie y que tienen la fuerza suficiente para revolver los estatutos de representación de unos y otros.

4. Parentescos raros y alianzas humanimales feministas

La afirmación inicial de Haraway en *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno* que supone la constatación de que “vivimos (todos los seres sobre la Tierra) en tiempos perturbadores, tiempos confusos, tiempos turbios y problemáticos” (2019: 19) y su exhortación a buscar respuestas “de manera recíproca” (19), con “respons- habilidad” (20), parece haber gestado una suerte de consenso desde el que pensar el presente “como bichos mortales entrelazados en miríadas de configuraciones inacabadas de lugares, de tiempos, materias, significados” (20). Puede rastrearse un movimiento (literario, cultural, crítico... discursivo, al fin y al cabo) colectivo generador de un desplazamiento fundamental del foco del *problema*: del Anthropos como medida de todas las cosas a las redes materiales y afectivas en las que la interconexión y la interdependencia encierran las claves para organizar respuestas válidas; un ejercicio real de pensar-con que la literatura latinoamericana actual (y su pensamiento) ha asumido como propio. Así se acredita en el volumen *Futuro multiespecie* coordinado por Azucena Castro en el que se atiende a las “formas de pensar-con, hacer-con, devenir-con y formar parentescos con los mundos no humanos desde un pensamiento sobre futuros situados, anclados en las historias culturales y medioambientales de territorios particulares” (2023: 17) en áreas tan dispares como las artes visuales, la literatura, el activismo o la geografía, pero con

una premisa común: el posantropocentrismo de sus prácticas.

En consonancia con la necesidad expuesta por Castro de movilizar “futuros contrahegemónicos” (2023: 24), con base tanto en referencias anglosajonas como en la noción de “futuros menores” propuesta por Luz Horne para pensar ciertas prácticas del arte brasileño (a las que presta atención también en este monográfico), Teresa López-Pellisa desplaza el foco hacia el terreno literario para situar las aproximaciones al futurismo y al poshumanismo dentro de coordenadas geopolíticas precisas: el primero en clave afrolatinoamericana y el segundo desde perspectivas indigenistas. Así, recupera de manera explícita a Haraway –junto con Braidotti– como referencia nodal para pensar la ficción especulativa contemporánea, entendiendo que la imaginación multiespecie y las políticas de la interdependencia propuestas desde el Norte global proporcionan herramientas conceptuales válidas, pero, al mismo tiempo, subrayando la necesidad de corregir sus límites y enfatizando las genealogías de resistencia que no encajan sin más en la gramática poshumana euroamericana. Si bien nuestro monográfico no pretende ceñirse a ningún género literario concreto, nos interesa rescatar dicho movimiento para instalarnos en el horizonte conceptual de las poshumanidades críticas desde la urgencia de descentrar los marcos teóricos importados.

Desde esta necesidad de descentramiento, Cristina Rivera Garza, en sus *Escrituras geológicas* –primera *materialización* visible de un giro crítico “terrestre” en el campo del latinoamericanismo– reconoce que “es cada vez más difícil escribir sobre la ‘condición humana’ sin tomar en cuenta los territorios en disputa sobre los que colocamos los pies, y los cuerpos de las especies que, en constante e irresuelta compañía, conforman nuestra condición de presente” (2022: 10) e inmediatamente refiere a una deuda con el pensamiento de Haraway en toda reflexión sobre “especies en acompañamiento” (2022: 10) que, desde nuestro punto de vista, es extensible a buena parte de la producción tanto crítica como creativa latinoamericana contemporánea. *Terrestre*, su último libro de ficción y ejecución ideal de su propuesta teórica, viene, no solo a constatar la centralidad de esa mirada horizontal, “a ras de tierra” (como la de la narradora de *Niñapájaroglaci*, Mariana Matija), sino también la necesidad de las alianzas multiespecíficas para la supervivencia de todas las especies implicadas en una Ecología-Mundo cuyo funcionamiento Rivera Garza expone magistralmente en las distintas narraciones que configuran un sistema atravesado por la violencia estructural que lo cohesiona.

La idea medular tanto del libro de Haraway ya mencionado, como de buena parte de su trabajo anterior, de generar parentescos raros de forma material y situada enmarca una corriente muy significativa del panorama literario actual cuya realización más potente (en el sentido de Gago) se encuentra en la obra prácticamente completa

de Gabriela Cabezón Cámara, sobre todo si recuperamos el sentido casi literal del término ‘queer’. Desde la publicación de *La virgen cabeza* (2009), pasando por *Las aventuras de la China Iron* (2017), hasta *Las niñas del naranjel* (2023), la autora hace del imaginario queer y terrestre en que se exploran las alianzas interespecie el centro de su producción. Así, los vínculos entre mujeres y disidencias, animales, criaturas del humus, suelos, agua y restos son relacionales y transformadores: sus narraciones no solo tematizan la interdependencia, sino que la encarnan en escenas de cuidado, simbiosis y erotismo que reformulan el parentesco como una práctica material y mestiza para imaginar mundos desde la esperanza, poniendo en juego uno de los conceptos centrales del ecofeminismo latinoamericano: el de cuerpo-territorio (Gago, 2019).

Esa atención al paisaje –a una naturaleza que es agente– y a las vidas que lo conforman la comparte Clio Mendoza en la configuración multiespecífica de *Furia*, la historia de un soldado que vive sus aventuras homosexuales en un desierto en el que “ni siquiera el pájaro que se suspendía diariamente frente a la cueva donde vivían había descubierto, al mirarlos sostenerse el uno al otro como si se cabalgaran, algo que desafiara la naturaleza” (2021: 18), cantaban las cigarras, “un sapo liberaba el aire contenido en su cuello de burbuja, una gotera murmuraba un salmo húmedo, los caballos sacudían su cuero...” (18). A través de un protagonista homónimo, Lázaro, y también en un contexto rural signado por la guerra, Vanessa Londoño en *El asedio animal* se hunde en la tierra de la Colombia rural para tantear las formas de resistencia que esos parentescos raros pueden engendrar en el marco de una violencia que arrasa con todo.

En “Las lumbres”, primer cuento de *La máquina de hacer pájaros* (2022), Natalia García Freire reconstruye una genealogía familiar (abuela – escritora – hijo) cuyos lazos se establecen a través de distintas aves para mostrar cómo las alianzas entre ellas posibilitan la supervivencia de un pueblo en un entorno hostil. Si bien se trata de un relato fantástico y, por consiguiente, la atmósfera que en él se construye está plagada de elementos sobrenaturales –una de las formas más comunes de lo humanimal en la literatura latinoamericana–, el rastreo de los parentescos más que humanos dentro del ámbito familiar se da, desde distintas coordenadas, en algunos de los cuentos de *Animales* (2021) de Santiago Craig o de *Desastres naturales* (2023) de Tamara Silva Bernaschina, así como en la novela *El cielo de la selva* (2023) de Elaine Vilar Madruga. Precisamente en esta última, se pone en juego también una asociación especialmente fructífera en la producción literaria contemporánea: la figuración animal (y, en concreto, de la figura de la perra) y su imbricación con la sexualidad, una de las “zonas de contacto donde se producen encuentros humanimales” (Segarra,

2022: 11) que propone Marta Segarra en *Humanimales. Abrir las fronteras de lo humano* (2022).

Ya a finales del siglo XX, Luisa Valenzuela anticipa una línea que será ampliamente desarrollada en la literatura latinoamericana contemporánea cuando, en “Si esto es la vida yo soy Caperucita Roja”, explora el deseo femenino y feminista desde una primera persona híbrida en la que confluyen una Caperucita contemporánea y el lobo. En esta línea se inscriben relatos como *Opendoor* (2006), de Iosi Havilio, donde una veterinaria se adentra en un paisaje telúrico argentino que reconfigura su identidad, su deseo y sus vínculos a partir de una convivencia afectiva con un caballo, un hombre y una mujer; o como *Nombres y animales* (2013), de Rita Indiana, en la que una adolescente va definiendo su identidad en torno a sus primeras experiencias sexuales mientras se acerca también a la historia de vida de los animales que frecuentan la clínica, para quienes el mismo proceso resulta desapropiado. En *Yo maté a un perro en Rumanía* (2022), de Claudia Ulloa Donoso, también a la protagonista, que se alía con un grupo de perros para sobrevivir en un entorno totalmente desconocido en el que además no puede comunicarse, le acontece una suerte de despertar sexual al tiempo que su relación con los animales se va estrechando incluso hasta la hibridez. En muchas de estas narraciones, lo que finalmente se propone es un desplazamiento de “la concepción tradicional del sujeto, abriéndola a otras múltiples posibilidades que lo llevan más allá de sus límites” (Segarra, 2022: 11) al que no queremos dejar de atender.

En definitiva, si la ficción especulativa para Haraway engloba “práctica y proceso; es devenir-con de manera recíproca en relevos sorprendentes” (2019: 22), un feminismo especulativo capaz de reformular las vinculaciones posibles con animales humanos y no-humanos ha pasado a ocupar un lugar preeminente en un corpus muy nutrido de obras que configuran lo que podríamos considerar la “Terrápolis” (Haraway, 2019: 33) latinoamericana, a la que podemos sumar: *La mucama de Omicunlé* (2015) de Rita Indiana; *Cadáver exquisito* (2017) y *Las indignas* (2023) de Agustina Bazterrica; *Mugre rosa* (2020), de Fernanda Trías; *Feral* (2022), de Gabriela Jáuregui; o *El sueño del árbol* (2022), de Andrea Salgado, entre muchas otras. Lo que une a todas estas autoras (con algunas de las que se trabajan también en los artículos que siguen como Isabel Zapata, Lina Meruane, Lucía Puenzo o Cecilia Palmeiro) no es solo un interés temático por lo animal, sino una convicción estética y política: la literatura es una tecnología de parentesco, capaz de imaginar modos de cohabitar el siglo XXI que “siguen con el problema”, que no lo evitan, sino que lo compostan en nuevas formas de vida y de narración.

Construyendo sobre el vasto territorio de reflexiones ya planteadas, el propósito específico de este número monográfico es explorar cómo las distintas formas de relación

humano-animal se piensan estéticamente en la literatura y cultura latinoamericana del siglo XXI, ampliando la noción de alianza interespecie. Los artículos que siguen abordan la dimensión material, afectiva y narrativa del vínculo humanimal, exploran cómo los textos literarios fabulan conspiraciones, cuidados y resistencias con otros vivientes; cómo interrumpen las jerarquías de especie, desconfigurándolas, junto con los marcos narrativos que las moldean; y cómo desplazan la pregunta por los “futuros posibles” hacia la práctica situada de hacer mundo-con. Nuestra apuesta, por consiguiente, es la de inscribir el parentesco humanimal en la textura concreta de los relatos, buscando allí –en el humus textual– el lugar donde la alianza (en forma de conspiración, de juego o de resistencia) se hace forma, ética y política.

5. Recorridos y propuestas de este monográfico

Este número monográfico explora, a lo largo de siete artículos, las muchas facetas que evidenciamos de la alianza, juego y conspiración humanimal en las letras y artes contemporáneas del siglo XXI, sobre todo en el campo cultural iberoamericano.

Un primer recorrido nos lleva a reevaluar los vínculos humano-perro (humana-perra, en muchas ocasiones) en la ficción contemporánea. En esta línea, se inscribe la aportación de Paula Fleisner quien, en la trayectoria desarrollada en otros textos ya fundamentales sobre la cuestión, aborda la relación niña/perra en dos novelas latinoamericanas: *Troika* (2024), de Isabel Zapata y *Quédate conmigo*, de I. Acevedo desde la concepción de la infancia como “potencia de vida” (siguiendo a Agamben). Plantea, en este sentido, la infancia/animalidad como una zona de afectividad común que se contrapone a la excepcionalidad humana y cuya potencia recoge teóricamente con el término “infantoperrología feminista”, un marco teórico y crítico para pensar las alianzas posibles entre niñas y perras, las formas de relacionalidad interespecie que suspenden la máquina antropológica que separa lo humano de lo animal. En definitiva, el artículo sostiene que estas ficciones elaboran, desde estas dos instancias –la de la infancia y la animalidad–, una imaginación política capaz de desafiar el imaginario androcéntrico del Antropoceno y de ensayar relatos humanimales para habitar de otro modo un mundo en crisis.

Siguiendo este recorrido sobre la línea humana-perra nos encontramos con el texto de Almudena Vidorreta, quien presenta algunos resultados del Proyecto Antropolit: Literatura y Antropoceno: imaginarios ecosociales y conciencia ambiental en la literatura hispánica del siglo XXI (MICIU/AEI financiado por FEDER/UE). Vidorreta dedica su estudio al ensayo ficción de Lina Meruane, *El coloquio de las quiltras*, que reescribe críticamente la tradición inaugurada por *El coloquio de los*

perros de Cervantes para intervenir en los debates feministas contemporáneos y cuestionar el canon literario, dialogando para ello con las obras de Rosario Ferré, por un lado, y Luna Miguel, por otro. Más que una parodia, como señala Vidorreta, la obra de Meruane articula una genealogía femenina transatlántica mediante un diálogo intertextual que denuncia la exclusión y el sometimiento de las mujeres en el campo cultural o intelectuales, y en la sociedad misma, y problematiza tensiones actuales del feminismo, como la maternidad o la emancipación del cuerpo. Vidorreta estudia cómo Meruane trabaja, desde la hibridez genérica, el cruce humano-animal y aprovecha la dimensión performativa del formato dialogado, para proponer una reflexión a propósito del descentramiento del antropocentrismo, examinando diferentes perspectivas queer y transespecie en tanto formas de resistencia. Vidorreta lleva a cabo una exhaustiva descripción, en definitiva, del diálogo de Meruane como dispositivo crítico que reactualiza y vigoriza la tradición para proyectarla hacia nuevas formas de pensamiento y activismo de corte feminista.

Para cerrar este recorrido *perruno* (aunque, como veremos, no ceñido exclusivamente a los canes) contamos con el aporte de Luis Barboza. En su texto explora el rol que juegan las alianzas humanimales en la literatura colombiana reciente, estudiando en profundidad la obra de María Ospina, *Solo un poco aquí* (2023). El autor estudia el tratamiento de la coexistencia multiespecie, en Ospina, en términos de una ecología relacional, donde el tejido de vínculos afectivos entre humanos y no humanos se articula frente a “paisajes en ruinas, territorios de guerra” (...), desplazamientos, en que intervienen “refugiados, excluidos y víctimas de la violencia”. En estos paisajes y alianzas, Barboza apunta, iluminando su reflexión con aportaciones de Haraway, Tsing o Vinciane Despret, cómo prestar atención a “sonidos y vocalizaciones, olores y aromas, texturas y formas de orientación no humanas” constituye un “modo intuitivo de aprendizaje relevante para la formación de una sensibilidad ecológica y para las prácticas afirmativas de la coexistencia”. El análisis de Barboza prueba cómo relatos como el de Ospina desplazan a los animales del ámbito de la mera representación simbólica para reconocerlos en tanto presencias encarnadas o “seres sintientes” con capacidad de agencia y un rol clave en la construcción de mundos compartidos. Desde esta perspectiva, el afecto no es un mero sentimiento accesorio con que se adornan los personajes, sino la expresión de la relacionalidad constitutiva de la vida: existimos en y a través de estos vínculos. Barboza, finalmente, propone nuevos interrogantes para la investigación de la obra de Ospina, vinculados a los siguientes ejes: un desplazamiento perceptivo hacia lo no-humano, que transforma la experiencia del lector en clave relacional; un nuevo uso del “como si”, en términos de Yelin, un ejercicio de la imaginación que apele a una «fenomenología animal», que acceda a “realidades y sensibilidades” otras más

allá de la “especulación racional” (Yelin, 2020: 31-32), evite antropomorfismos y promueva una ética de la atención que redescubra lo animal en su relación con los seres humanos; la apertura a temporalidades más-que-humanas que desestabilizan el tiempo lineal moderno, un asunto capital de las estéticas del antropoceno, por tanto; y, finalmente, la activación material y sensorial del lenguaje, que involucra al lector en una experiencia afectiva y encarnada de los mundos animales.

Un segundo recorrido que hace parte de este monográfico tiene que ver con los bestiarios del siglo XXI, pensados a partir de los ejes vertebradores de este monográfico (alianza, juego, parentesco). En ese sentido, el propósito de desbaratar la máquina antropológica resulta central también en el trabajo de Ludmila Barbero sobre lo que la autora denomina “Bestiarios de la resistencia” en dos obras argentinas contemporáneas: *El niño pez* (2004), de Lucía Puenzo, y *Cat Power. La toma de la Tierra* (2017), de Cecilia Palmeiro. Su análisis de las obras se centra en tres ejes fundamentales, la construcción de narradores no humanos, las figuras metamórficas y las “escenas de denominación”, para, desde el cruce entre estudios del neofantástico y narratologías no naturales, hacer hincapié en la idea de que otorgar la voz narrativa a un perro (Serafin) o a un gato alienígena (Rorro) no solo implica un quiebre de las convenciones realistas, sino que subvierte la “máquina antropológica” al situar el punto de vista en un lugar de enunciación marcado, corporal y más-que-humano. En una clara intersección con los estudios queer desde los que, no solo se pone en entredicho la división binaria del mundo sino las formas hegemónicas de percepción del mismo, Barbero presenta a los animales de compañía narradores de las historias como “vehículos queer” que, por un lado, intervienen decisivamente en las trayectorias sexo-afectivas disidentes que conforman la narración y, por otro, ensayan formas alternativas de filiación y parentesco que desbordan el modelo heteronormativo.

Los bestiarios, las alianzas humanimales y sus hibridaciones también son recurrentes en los terrenos de la ficción especulativa, tal como nos demuestra en su artículo Germán Pitta, titulado “La escritura geológica en *La infancia del mundo* de Michel Nieva”. A partir de las nociones de capitaloceno y de (re)escritura geológica (tomando como punto de partida el ensayo de Cristina Rivera Garza), Pitta analiza pormenorizadamente la novela *La infancia del mundo* del argentino Michel Nieva, una obra narrativa que se inscribe en las propuestas más innovadoras del ciberpunk rioplatense. El investigador hace una muy sugerente lectura de cómo uno de los protagonistas de la novela de Nieva, el niño dengue, encarna de forma radical el concepto de alianza en su cuerpo donde se juntan lo animal, lo infantil, lo vírico, lo abyecto y la repugnancia. De igual manera, en el artículo se evidencia cómo la violencia sobre lo viviente (mataderos, pérdidas de ecosistemas, diversas formas de

explotación, violaciones) atraviesa por igual a sujetos humanos y no-humanos (sobre todo a partir de las opresiones especistas y neocolonialistas), al tiempo que la ficción de Nieva les otorga diferentes tipos de agencia que, en algunos casos, se materializa en resistencia.

Como aporte final a este recorrido del bestiario, Mariano García nos ofrece en su trabajo un análisis pormenorizado de las presencias animales en los cuentos de Pablo Katchadjian, analizando en detalle algunos relatos del volumen *El caballo y el gaucho*. García explora toda una literatura de estirpe vanguardista y/o *queer*, desde la que lee la obra de Katchadjian, y la relación que la misma entabla con las presencias animales visibles en la tradición literaria argentina. Establece García una genealogía – a partir de Giorgi y Yelin – que lo hace recorrer la literatura argentina desde el siglo XIX, donde García encuentra que prima una mirada alegórica sobre lo animal, supeditado siempre a cuestiones relacionadas con lo humano, para examinar nuevos motivos, como el de la metamorfosis y el bestiario, en los textos argentinos del siglo XX, en una tradición que pasa por Ocampo, Lamborghini, Copi, Di Benedetto, Hebe Uhart o César Aira, entre otros y otras escritores/as. En esta tradición, *El caballo y el gaucho* de Pablo Katchadjian propone un giro novedoso propio de este siglo XXI: presenta un mundo en que priman nuevas relaciones no jerárquicas entre lo humano y lo animal, que interactúan sin supremacías claras, en sociedades en crisis, en colapso o descomposición donde emerge el deseo de retornar a formas de vida más simples y, a la vez, un imperativo por reimaginar nuevos vínculos más equitativos con la naturaleza. Así, en un contexto de crisis socioambiental como el de nuestro siglo, ahora, más que instrumentalizar lo animal como alegoría o artificio vanguardista, como prueba Mariano García en este trabajo, escritores como Pablo Katchadjian ensayan un “desuso” de lo animal, para integrarlo en una red de sistemas interconectados que cuestionan el humanismo clásico y proponen una sensibilidad poética alternativa frente a la barbarie tecnificada del presente.

Una última línea está dedicada a la cuestión humanimal en el espacio del arte contemporáneo brasileño. Si bien muchas de las manifestaciones de lo animal y la alianza y el juego las vemos reflejadas en obras literarias, artículos como el de Luz Horne (“Un nudo en la garganta. Lenguaje, cuerpo y saber estético en la obra de Jonathas de Andrade (Pabellón Brasil, 59° Biennale di Venezia, 2022)”) demuestran que las instalaciones artísticas (en este caso concreto las del artista visual Jonathas de Andrade) pueden leerse como textos literarios que ponen de manifiesto la corporalidad de lo viviente. En ese sentido, la pregunta realmente radica en la importancia del saber sensible (o, como argumenta Horne, el saber estético a partir de los sentidos) para desantropocentrar el conocimiento en el mundo contemporáneo. La obra de Andrade, “Nudo en la garganta”, funciona precisamente como una crítica

y una mirada detenida a cómo operan los sentidos por fuera de la unidad del cuerpo humano y del propio lenguaje, lo que Horne relaciona inteligentemente con los puentes que se pueden tender hacia los cuerpos no-humanos, algo que la autora ha denominado en su investigación de largo aliento como una “epistemo-estética”.

Bibliografía

- Arias Maldonado, Manuel. 2020. «Antropoceno». *Paradigma: revista universitaria de cultura*, n.º 23.
- Braidotti, Rosi. 2015. *Lo posthumano*. Gedisa Editorial.
- Chakrabarty, Dipesh. 2009. «The Climate of History: Four Theses». *Critical Inquiry* 35 (2): 197-222. <https://doi.org/10.1086/596640>.
- Crutzen, Paul J., y Eugene F. Stoermer. 2000. «The Anthropocene». *IGBP Global Change Newsletter*, n.o 41: 17-18.
- Del Valle Lattanzio, Camilo. 2025. «Dossier. El amplio espectro de la ecocrítica: pájaros, desiertos y otros humanos y no humanos en la literatura». *Perífrasis. Revista De Literatura, Teoría Y Crítica* 16 (34): 86-90. <https://doi.org/10.25025/perifrasis202516.34.09>.
- Gago, Verónica. 2019. *La potencia feminista o el deseo de cambiarlo todo*. Madrid, Traficantes de sueños.
- Giorgi, Gabriel. 2014. *Formas Comunes. Animalidad, cultura, biopolítica*. Eterna Cadencia.
- Giorgi, Gabriel. 2025. «Narración y estrato: laboratorios narrativos del presente. En torno a La compañía de Verónica Gerber Bicecci». *Perífrasis. Revista De Literatura, Teoría Y Crítica* 16 (34): 104-21. <https://doi.org/10.25025/perifrasis202516.34.06>.
- Gruen, Lori. 2018. «Empathy». En *Critical Terms for Animal Studies*, editado por Lori Gruen. University of Chicago Press. <https://doi.org/10.7208/chicago/9780226355566.001.0001>.
- Guimarães Rosa, João. 2001. *Campo general y otros relatos*. Fondo de Cultura Económica.
- Haraway, Donna J. 2019. *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. Traducción de Helen Torres. Bilbao, Consonni.
- Mendoza, Clyo. 2021. *Furia*. Sigilo Editorial-Almadía.

- Molloy, Sylvia. 1987. «Contagio narrativo y gesticulación retórica en “La vorágine”». *Revista Iberoamericana* 53 (141): 745-66. <https://doi.org/10.5195/reviberoamer.1987.4388>.
- Montoya Juárez, Jesús. 2025. «La literatura del giro antropocénico en el siglo XXI». En *Literatura y Antropoceno. Imaginarios ecosociales en España y América Latina en el siglo XXI*, editado por Jesús Montoya Juárez y Natalia Moraes Mena. Comares.
- Moore, Jason. 2016. *Anthropocene or Capitalocene? Nature, History, and the Crisis of Capitalism*. PM Press.
- Moore, Jason W. 2020. *El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación de capital*. Traficantes de sueños.
- Morton, Timothy. 2013. *Hyperobjects: Philosophy and Ecology after the End of the World*. University Of Minnesota Press.
- Noguerol, Francisca. En prensa. «Fértiles desbordes». En *Escrituras del desborde en la literatura en español del siglo XXI: urgencia y esperanza*, editado por Mónica Casado Folgado, Andrea Elvira-Navarro, y Sergio I. Rosas-Romero. Ediciones Universidad de Salamanca.
- Rivera, José Eustasio. 2023. *La vorágine. Tierra de promisión*. Penguin Clásicos.
- Rivera Garza, Cristina. 2022. *Escrituras geológicas*. Madrid-Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert.
- Segarra, Marta. 2022. *Humanimales. Abrir las fronteras de lo humano*. Galaxia Gutenberg.